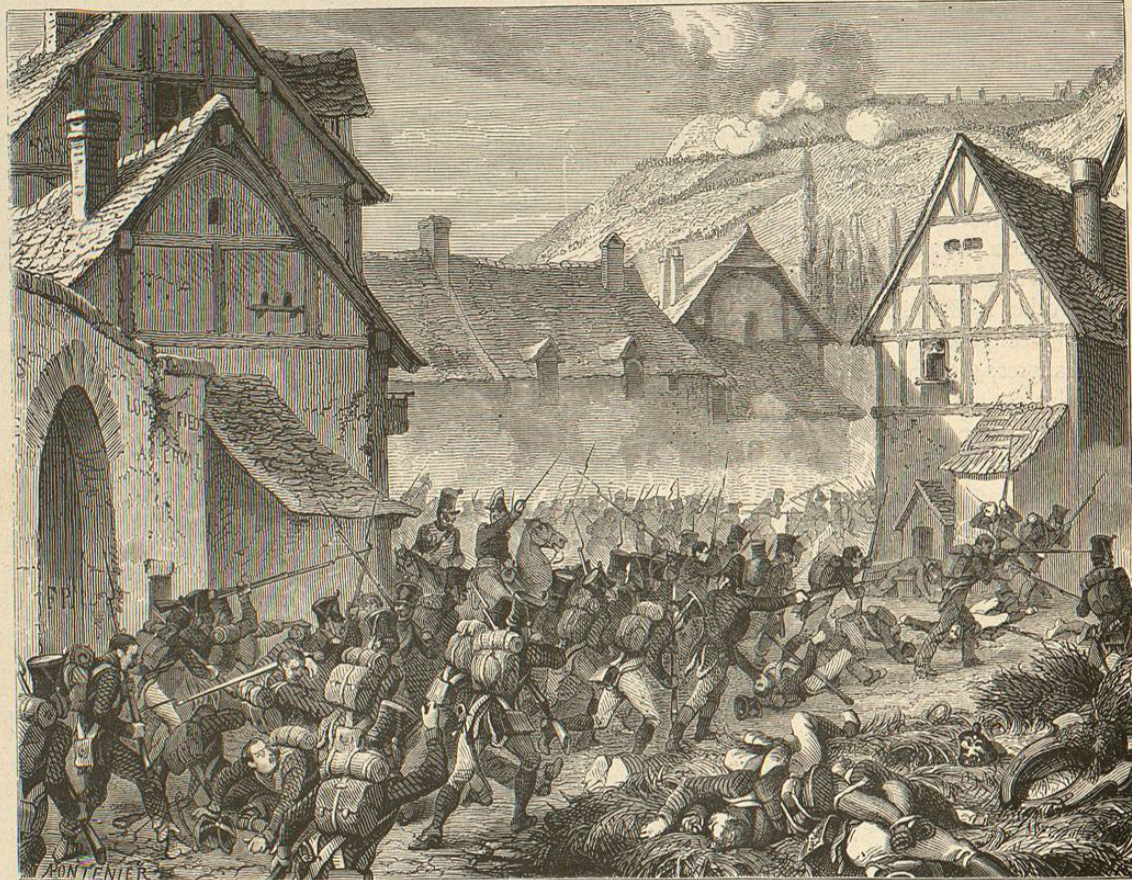


dito el camino de Paris,» así escribía Blucher desde Sternay el día 28 de febrero (1). Ya el día 26 Napoleón había dado órden á sus guardias de que marcharan en su persecucion, y habiendo sabido Schwarzenberg aquella misma tarde que Napoleón había salido de Troyes, ordenó la marcha de avance general que se efectuó el día 27, cambiando con ello de una manera definitiva la situacion.

Napoleón había dejado en el Aube al mariscal Oudinot y al general Gerard y en el Sena al mariscal Macdonald: contra los dos primeros envió Schwarzenberg á los cuerpos de Wrede y de Wittgenstein y contra el último al príncipe heredero de Wurtemberg y á Giulay. Despues de sangrientos combates sostenidos en los pasos de Dolancourt y de Bar-sur-Aube,

Oudinot y Gerard tuvieron que retirarse al Sena, á donde acababa de llegar por Bar el príncipe heredero. Al día siguiente fué reconquistada Troyes, el enemigo quedó completamente acorralado detrás del Sena y las negociaciones para un armisticio entabladas en Lusigny, que habían llegado á no tener objeto ninguno, fueron terminadas, firmando el día 7 de marzo el príncipe de Schwarzenberg un documento — todavía inédito (2) — cuyos párrafos principales vamos á copiar. Dicen así: «La superioridad de nuestras fuerzas físicas respecto de las del emperador Napoleón nos ha hecho adoptar el principio fundamental de situar siempre nuestro ejército de manera que el enemigo se viera obligado á dividir sus tropas, lo cual priva al emperador, en los puntos en que no está personalmente, de



Batalla de Laon: el mariscal Ney se apodera de Semilly.

la ventaja que le proporciona su calidad de soberano, de cuyo poder moral carece nuestro ejército, compuesto de tantos beligerantes. Siguiendo este sistema, no aceptamos la batalla de Troyes (3) en una ocasion en que Blucher no podia llegar á Mery, pues en tal situacion el enemigo, á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, hubiera tenido en jaque á la mitad de las nuestras, debilitándolas, por consiguiente, para el momento decisivo. Los dos ejércitos se mantenfan, pues, separados de tal manera que mientras el uno retrocedía el otro cortaba al enemigo en su persecucion sus comunicaciones. El éxito ha demostrado la bondad de este procedimiento. Gracias á esta maniobra pudo Blucher adelantarse al enemigo en dos jornadas para salir al encuentro del grueso de las fuerzas de éste cuando se encontrara en situacion propicia para aceptar la batalla, mientras nuestro gran ejército derrotaba al mismo enemigo, que solo podia oponerle fuerzas insuficientes, recu-

(1) Véase su notable instruccion á Saint-Priest, en Muffling: *Para la historia de la guerra*, tomo II, págs. 74-78, nota.

(2) *Papeles de Castlereagh*.

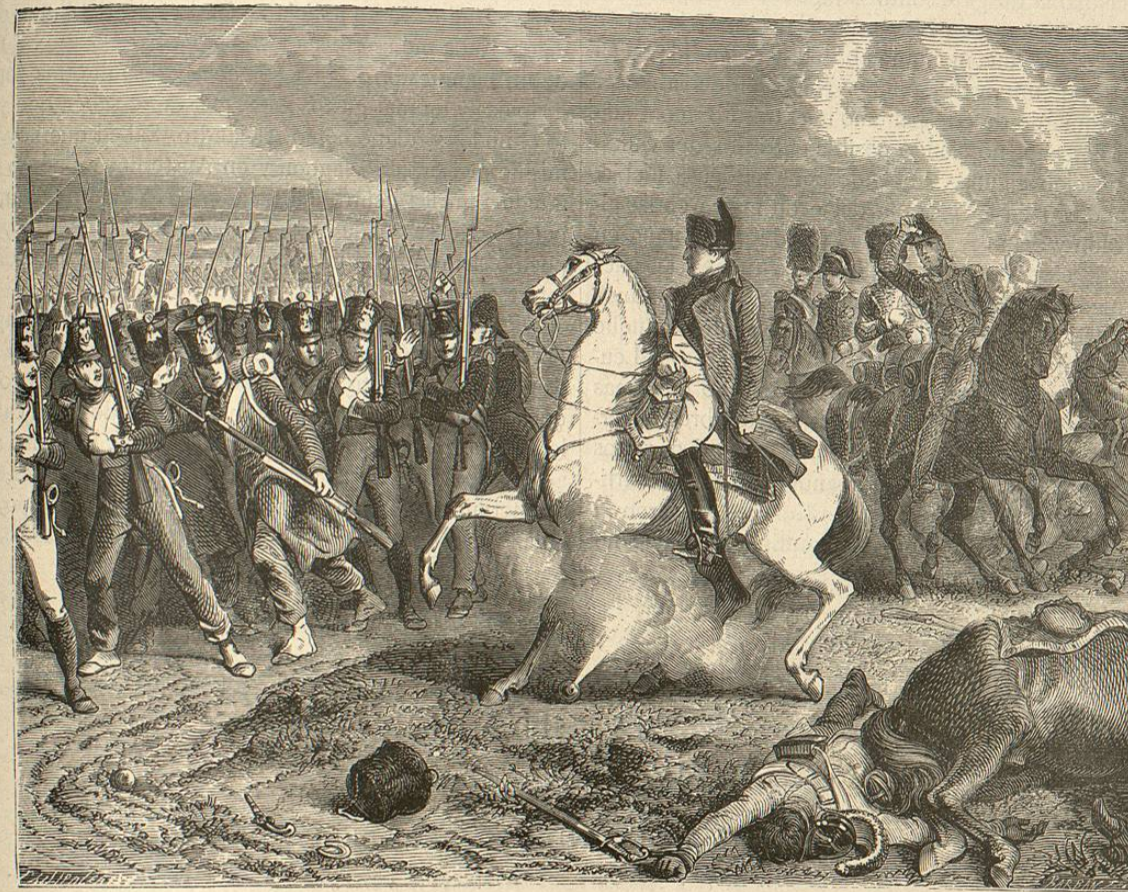
(3) Véase la nota anterior.

peraba sus antiguas ventajas y se encontraba en estado de apoderarse de las salidas del camino que conducia al Sena. Consiguiendo el ejército principal este resultado mientras dejaba en Chaumont la guardia y la reserva, se ahorra una gran parte de sus fuerzas y se situaba en un punto desde el cual podia acudir fácilmente á donde lo exigieran las circunstancias. Las tropas hasta entonces utilizadas necesitaban indispensablemente algunos días de descanso y el menor movimiento podria privarnos de la tercera parte de ellas. De modo que las nuevas operaciones no podrán comenzar antes del día 9 de este mes y hasta entonces hemos de tener noticias del ejército silesio para saber si ha peleado ó no con éxito ó si ha persistido en evitar todo combate. En el caso de que haya obtenido una victoria, proseguiremos con energía nuestras operaciones en la orilla izquierda del Sena, mientras las reservas seguirán desde Chaumont los movimientos del gran ejército de manera que se vayan aproximando poco á poco, y el ejército del Sur aniquilará por completo á Augereau y marchará hácia Orleans para juntarse con el ejército principal. Si Blucher es derrotado, el ejército principal con su ac-

titud y con sus posiciones impondrá de tal manera al enemigo, que le sea imposible á Napoleón caer sobre él: luego se dedicará á fatigar á los franceses con marchas y contramarchas dejando al ejército silesio tiempo de reponerse para atacar nuevamente al enemigo. Si Napoleón gana una batalla, es seguro que se encaminará directamente á Troyes ó avanzará hácia el Marne para amenazar nuestro flanco derecho. Entonces se verá si Napoleón ha pagado ó no cara su victoria y en ello estribará la solucion de la cuestion de si se ha de aceptar la batalla en el Sena, en el Aube ó en otra parte.» La carta termina calificando á Paris de punto el mas sensible del enemigo y de único objetivo de todas las maniobras de los aliados.

El mismo día en que tales palabras se escribian, Blucher había sostenido la primera de sus últimas batallas contra Napoleón.

Amenazado á la izquierda por los mariscales Marmont y Mortier y perseguido por la espalda por Napoleón con 35,000 hombres, había llegado al Aisne en el momento preciso en que Soissons, la llave de aquella posicion, era simultáneamente atacada por el lado derecho del rio por los prusianos de Bulow y por el izquierdo por los rusos de Winzingerode. Moreau (no pariente del famoso general del mismo nombre), hombre sin talento alguno que era comandante de esta plaza, capituló inmediatamente, y cuando el día 3 de marzo, al mediodía, salió de la poblacion con todos los honores de la



Combate de Arcis-sur-Aube: Napoleón lanza su caballo sobre una granada.

guerra, Blucher tuvo asegurado no solo el paso del Aisne, que le evitaba el rodeo que le habia sido señalado, sino tambien la union con dos cuerpos que aumentaban sus fuerzas hasta el número de 100,000 hombres. Esta cifra constituía una verdadera superioridad material, pero respecto de su aplicacion partian los prusianos del mismo punto de vista de que habían partido los austriacos en el Sena. En la mañana del 3 de marzo, el general Boyen, jefe de Estado Mayor de Bulow, escribía á Gneisenau: «Si estamos seguros de que nuestro gran ejército ha tomado la ofensiva, de que avanza nuevamente, no debe inspirarnos ningun temor el intentar una batalla, pues aun en el caso de ser derrotados no podríamos ser perseguidos. Pero si el gran ejército prosigue su retirada, hemos de evitar la batalla hasta tanto que hayan llegado nuestros refuerzos y que se nos presente una coyuntura favorable. Si el ejército silesio fuera derrotado y quedara disperso, lo cual cabe en lo posible, perderíamos el Rhin y habríamos de someternos á una paz vergonzosa. Todas las tropas prusianas se encuentran en el ejército silesio y es preciso que las conservemos para la madre patria.» El mismo Bulow añadió á esta carta: «El ejér-

cito prusiano no ha de ser aniquilado si Prusia ha de representar un papel entre las potencias aliadas (1).»

Blucher y Gneisenau participaban tambien de esta opinion y de aquí que no hicieran uso alguno para el ataque y solo en pequeña escala lo hicieran para la defensa de la superioridad de fuerzas del ejército silesio, superioridad que era mayor de lo que ellos mismos podian saber. El aniquilamiento del imperio consumado por el imperio mismo, la propia destruccion de sus últimas fuerzas era para aquellos solo cuestion de tiempo (2). Napoleón, acosado por todos lados por fuer-

(1) Pert-Delbruck: *Gneisenau*, tomo IV, págs. 196-197.

(2) Lowe refiere desde Soissons, en 3 de marzo, que fué detenido un correo á quien se ocuparon importantes cartas y despachos dirigidos á Napoleón y algunas memorias de Savary al mismo. En una carta del duque de Valmy (Kellermann) á su tío el conde Marbois, que se encontraba en Paris, fechada en Saint-Menix, á tres horas de Troyes, en 23 de febrero, encontramos las siguientes palabras: «El mas pequeño revés nos obligaría á volver á Paris sin recursos de ninguna clase. Solo á fuerza de gran prudencia podemos salir de la crisis de que momentáneamente hemos escapado por milagro. Lo que yo mas temo es la cabeza del hombre. Este quisiera comérselo todo. Únicamente contamos

zas tres veces superiores á las suyas, no podía en modo alguno conseguir victorias definitivas, á no ser que por parte de los aliados se cometieran faltas y precipitaciones imperdonables, y todo lo que no fueran victorias decisivas debía precipitar su fin, pues las pérdidas que las victorias parciales habían de traer consigo no podían ya ser reparadas, y en cambio toda pérdida que se evitara había de producir una disminución del peso que Prusia quería arrojar en la balanza, para conseguir la paz, cuando no era tan indispensable como entonces.

Dueño de unas posiciones defensivas muy fuertes por naturaleza, esperaba Blucher en Laon, el día 9 de marzo, el ataque principal de Napoleón, que dos días antes había conseguido feliz éxito en un ataque previo que con extraordinarias pérdidas había dirigido contra la meseta de Craonne. El centro de las posiciones de Blucher era la misma ciudad de Laon, situada sobre una montaña abrupta y defendida en su lado Sudeste por un vasto pantano. Napoleón debía atacar por el lado izquierdo de este pantano mientras Marmont atacaba por el derecho, no siendo posible entre los dos caudillos comunicación alguna. Protegido por una densa niebla, penetró Napoleón en la mañana del 9 de marzo en las aldeas de Ardon y Semilly, situadas al pié de la montaña en que se alza la ciudad de Laon; pero poco tiempo después fueron arrojados de ellas los franceses por los prusianos de Bulow. Durante todo aquel día se combatió, aunque sin gran energía, por dichas aldeas y por las de Clacy y Leully, pero por la tarde ocurrió un sangriento hecho de armas en el ala izquierda, donde el general York cayó sobre el cuerpo de Marmont dispersándolo por completo (1). Los restos de este cuerpo, después de haber abandonado toda su artillería (46 cañones) y dejado 2,500 prisioneros, huyeron al otro lado del Aisne. York, con gran sentimiento suyo, no

pudo explotar eficazmente tan brillante victoria porque además de que se había adoptado ya el sistema de no poner nada mas en juego, Blucher se vió atacado de una grave enfermedad de los ojos que puso término á todos los planes de ataque (2). Durante la mañana del día 10, todavía se luchó por espacio de algunas horas con gran encarnizamiento en Clacy y en Semilly: Napoleón vió que no podía apoderarse de Laon, ni atraer fuera de ella ni arrojar de ella á Blucher, y en su consecuencia se retiró el día 11, sin ser perseguido, hácia Soissons, se dirigió á Reims por Fismes, y siguiendo la dirección Sur del Aisne, sorprendió allí el día 12 y aniquiló al cuerpo de ejército del conde Saint-Priest, que había llegado al Garn bien ajeno á todo cuidado respecto de la proximidad del emperador. Desde Reims escribió éste, el día 14, á su ministro de policía en París, Savary, duque de Rovigo: «Nada me escribís de lo que en París ocurre. Se habla de un manifiesto, de una regencia y de mil otras tonterías insípidas y de mal gusto. Estas gentes no saben que yo corto el nudo gordiano como Alejandro. Sabed que hoy soy el mismo que era en Wagram y en Austerlitz y que no tolero ninguna intriga dentro del Estado. — No quiero tribunos populares. No se olvide que el tribuno mas grande soy yo: el pueblo siempre hará lo que más convenga á sus verdaderos intereses (3)».

Diez días después de la batalla de Laon midió Napoleón por última vez, en Arcis-sur-Aube, sus fuerzas con el ejército principal: durante aquel lapso de tiempo, en los consejos que celebraban los aliados se había hablado de la causa de la antigua monarquía, y la acogida que se dispensó á este asunto decidió la caída política del imperio aun antes de que éste terminara su lucha de vida ó muerte en el campo de batalla.

LIBRO QUINTO

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DE ESPAÑA (*)

CAPITULO PRIMERO

PERFIDIA DE NAPOLEON. — LEVANTAMIENTO. DERROTAS DE LOS FRANCESES

Apenas hecha la paz de Presburgo (1805) comenzaron á manifestarse las miras de Napoleón sobre España, exigiendo que una división de tropas españolas pasara á Toscana á reemplazar á las francesas que la guarnecían. En mayo de 1806 reclamó del gobierno español 20 millones de francos, y el comisionado de Godoy en París, D. Eugenio Izquierdo, se los facilitó con aprobación del favorito, mediante promesas vagas del emperador francés que éste, como de costumbre, jamás pensó en cumplir. A los propósitos de Napoleón

con cabezas de columnas y con guardias nacionales para hacer frente á fuerzas tres veces mas numerosas: en fin, somos demasiado pobres para jugar en grande y podremos darnos por muy satisfechos si conseguimos llevar al enemigo al Rhin y firmar allí la paz.»

(1) Droysen: *York*, tomo III, pág. 350.

aprovecharon grandemente las disensiones de la familia real española. La corte estaba dividida en dos bandos: el de Godoy, primer ministro, favorito del rey y amante de la reina, y

(2) Nostitz: *Diario*, pág. 120.

(3) Thiers, tomo XVII, págs. 502-503.

(*) El director de la traducción española de esta obra cree que en una *Historia del Consulado y del Imperio* no puede menos de tener cabida, y aun de ocupar un lugar importante, la narración de la guerra de la independencia española, por lo mismo que fué la España la que dió á toda la Europa el impulso y el ejemplo del levantamiento contra el tirano comun. Las diferencias entre la guerra de la independencia española y la guerra de liberación de los pueblos europeos son muy notables. La guerra de la independencia española comenzó cuando la España y toda la Europa yacía á las plantas de Napoleón; cuando su voluntad y aun su capricho eran leyes en todo el continente; cuando daba y quitaba tronos á su antojo, desmembraba pueblos y reformaba á su talante el mapa europeo. La guerra de liberación, ó sea el levantamiento de los pueblos del centro de Europa desde el Rhin hasta el Neva, no comenzó sino después del desastre del grande ejército napoleónico en la campaña de Rusia. Los españoles se alzaron contra la tiranía cuando estaba en toda su gloria y en todo su poder; los demás pueblos cuan-

el del príncipe de Asturias Don Fernando, hombre de carácter bajo y miserable, pero muy querido y popular entonces porque se le suponía víctima del aborrecido favorito. El embajador francés, Beauharnais, atizaba la discordia, y entretanto Napoleón pedía nuevos refuerzos de tropas, que le eran concedidos. Después de la paz de Tilsit, en julio de 1807, asegurado Napoleón por la parte de Rusia, quiso activar sus planes respecto de España; reunió en Bayona un ejército de 25,000 hombres á las órdenes de Junot y en 27 de octubre del mismo año pactó con D. Eugenio Izquierdo, en Fontainebleau, un tratado de catorce artículos con un convenio anejo de otros siete, en virtud de los cuales Francia y España se repartían el Portugal, dándose la provincia de Entre-Duero y Miño al rey de Etruria, marido de la hija de Carlos IV, que renunciaría á este reino en favor de Napoleón; los Algarbes y el Alentejo á Godoy con el título de príncipe soberano de los Algarbes, y quedando las provincias de Tras-os-Montes y Extremadura portuguesa en secuestro hasta la paz general para cambiarlas por Gibraltar ó por alguna colonia de las conquistadas por los ingleses. Al mismo tiempo se establecía que 25,000 infantes y tres mil caballos franceses entrarían en España y, reuniéndose con 8,000 infantes y tres mil caballos españoles, marcharían sobre Lisboa, mientras que diez mil españoles tomaran posesión del territorio de Entre-Duero y Miño y otros seis mil del de Alentejo y los Algarbes. Además se reuniría en Bayona otro cuerpo de cuarenta mil hombres que pasaría por España dirigiéndose á Portugal.

El objeto verdadero de estos pactos por parte de Napoleón era la conquista de toda la Península, alejando de España su ejército, ocupando con franceses sus plazas fuertes y arrojando después la máscara en la ocasión oportuna. En estas circunstancias ocurrió la prisión de D. Fernando en el Escorial, decretada y llevada á cabo por su mismo padre, el cual en 30 de octubre de 1807 publicó un decreto declarando ante la nación que su hijo le había querido destronar y aun atentar contra la vida de la reina. Después escribió una carta á Napoleón dándole cuenta de lo que había pasado y pidiéndole consejo, carta que todos atribuyeron á sugestiones de Godoy.

Una vez preso Fernando, en el mismo día pidió una audiencia á su madre, la cual envió en su lugar al ministro de Gracia y Justicia, Caballero, y ante él declaró el príncipe que había dirigido una carta el 11 de octubre al emperador francés pidiéndole la mano de una princesa de su familia y prometiéndole no casarse sin su expreso consentimiento. Al propio tiempo delató al duque del Infantado, á su preceptor Escoiquiz y á todos los amigos que le habían aconsejado para el destronamiento de su padre. Esta carta, que debía haber sido la perdición de Fernando, fué su salvación, pues al saber que Napoleón andaba mezclado en el asunto, todos se asustaron y Godoy resolvió echar tierra al comenzado proceso. Con este propósito visitó á Fernando y le prometió arreglar el asunto con tal que escribiera dos cartas, una á su

do esta gloria había empezado á empañarse y para el poder había llegado la época de su decadencia. Los españoles se levantaron teniendo una corte corrompida, una familia real en disidencia, un rey prisionero, débil é indigno, unos ministros imbéciles ó vendidos al extranjero. Los demás pueblos se levantaron teniendo á la cabeza sus soberanos, bajo la dirección de éstos y siguiendo los planes de hombres como los diplomáticos Metternich, Nesselrode y Hardenberg y como los generales Blucher, York y Schwarzenberg.

Como el autor alemán se ha detenido muy poco en la narración de los sucesos de España, conviene, por las razones dichas, hacer una reseña de estos sucesos, y á ella destinamos el presente libro á fin de completar la obra, que de otro modo, á nuestro juicio, quedaría incompleta.

padre y otra á su madre, cuyo borrador le llevaba. Fernando las copió y firmó, y la dirigida al padre decía así:

«Papá mio: He delinquido; he faltado á vuestra majestad como rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco á vuestra majestad la obediencia mas humilde. Nada debía hacer sin noticia de vuestra majestad; pero fui sorprendido. He delatado á los culpables y pido á vuestra majestad me perdone por haberle mentido la otra noche. Permítame besar sus reales piés á su reconocido hijo: FERNANDO. — San Lorenzo, 5 de noviembre de 1807.»

La carta dirigida á su madre estaba concebida en términos análogos. El rey perdonó á su hijo y el ministro Caballero hizo descartar de la causa todo lo que podía comprometer á Fernando y al embajador francés.

Napoleón entonces apresuró la marcha de Junot, que estaba en Salamanca, y sin previo tratado ni permiso hizo atravesar el Pirineo á Dupont con 24,000 infantes y 3,500 caballos, el cual estableció su cuartel general en Valladolid, donde los franceses comenzaron á mostrarse insolentes como si estuvieran ya en país conquistado. En los primeros días de enero otro ejército francés de fuerza igual á los anteriores y mandado por Moncey entró en España, y en primero de febrero, Junot, que había llegado á Lisboa, publicó una proclama diciendo que la casa de Braganza había dejado de reinar y que Napoleón quería que todo el Portugal fuese gobernado y administrado por el general en jefe de su ejército. Así se cumplía el tratado de Fontainebleau que Godoy, tan ambicioso como estúpidamente, había concertado. Entretanto otros generales franceses con tropas numerosas entraron por Roncesvalles y por Cataluña y so capa de amistad, valiéndose de miserables ardid y perfidias, ocuparon la ciudadela de Pamplona, la de Barcelona y el castillo de Montjuich. Por orden de Godoy fueron también cedidas á los franceses las plazas de San Sebastian y otras; de manera que en marzo de 1808 la situación de España era la siguiente: su hacienda estaba arruinada por la mala administración y por los subsidios y exacciones en provecho del gobierno francés; no tenía apenas ejército, porque una parte de las tropas estaban en el Norte con las de Napoleón y otras en Portugal; y al mismo tiempo su territorio y sus plazas fuertes estaban ocupadas por los ejércitos franceses. En estas circunstancias favoreció los planes de Napoleón el destronamiento de Carlos IV por su hijo Fernando. Godoy, empezando á sospechar de Napoleón y viéndose burlado en sus esperanzas, dió á la familia real el consejo de marchar á Andalucía y en caso necesario imitar la conducta del regente de Portugal embarcándose para América á fin de no caer en manos de Napoleón. Hicieron-se los preparativos de viaje; pero Fernando no quería marchar y el plan del favorito se estrelló contra una sublevación popular. Las turbas acometieron en Aranjuez el palacio de Godoy y lo saquearon en la noche del 17 de marzo, y al día siguiente el rey dió un decreto exonerando al favorito de todos sus cargos. En la mañana del 19 Godoy, al salir del sitio donde había estado oculto, fué conocido y preso; los reyes acudieron á su hijo Fernando para que le salvara del furor de la muchedumbre, y en efecto, Fernando la calmó con su presencia y entrando en el cuartel, donde los guardias habían encerrado á Godoy, le dijo: «Te perdono la vida.» Godoy tuvo entonces ánimo para preguntar al príncipe si era ya rey, á lo cual contestó Fernando: «Todavía no, pero luego lo seré.» En efecto, aquella noche abdicó Carlos IV en su hijo Fernando en presencia de todos los ministros, si bien dos días después, ó sea el 21, dirigió una carta á Napoleón protestando contra su abdicación y diciendo que había sido forzada.

El 24 de marzo entró Fernando VII en Madrid en medio